

santa isabel

diciembre

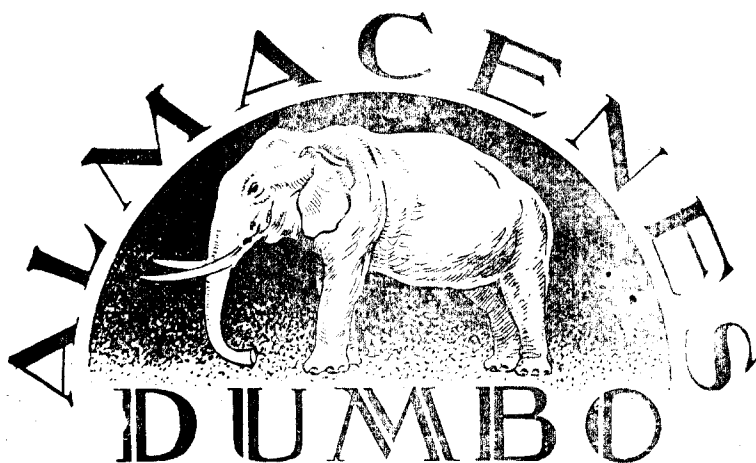
1967

la guinea española



año LXV

n.º 1620



de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POC

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Últimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os}. 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

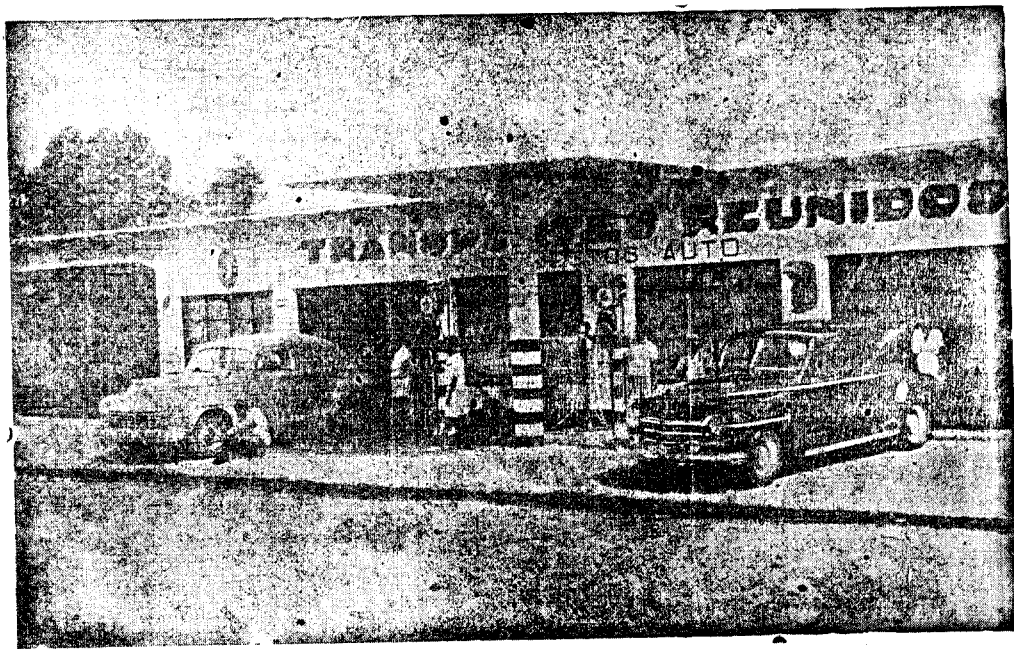
SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS — FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



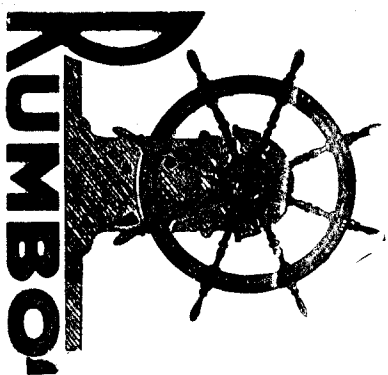
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 30
SANTA ISABEL, IDCA. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son..

¡¡ Magníficos !!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1620

**Santa Isabel, Diciembre
de 1967**

Depósito Legal—F. P., 10—1959.

Sumario

	Pág.
El símbolo africano <i>por A. Martín C. M. F.</i>	190
Excursiones por la Isla de Fernando Poo <i>por J. Luis Marhuenda</i>	195
Santa Isabel <i>por Enrique Ruiz y G. de Bonilla</i>	1 71
Leyendas, fábulas y cuentos bubis, <i>por T. Martínez García C. M. F.</i>	132
Efemérides Annobonesas.....	198

PORTADA

Dibujo de Pedro Mbà Abogo

SUSCRIPCION

Al año; Ordinaria	75 pesetas
De bienhechores	100 pesetas
Número suelto	10 pesetas

EL SIMBOLO AFRICANO

Por Amador Martín, C. M. F.

(Continuación)

2. CUADRO DE EXPRESIONES

En este fenómeno artístico de elevar a simóblo la naturaleza nos parece maestro el bubi. Nos cautiva su modo de observar y de humanizar aun los datos más sencillos de la existencia de los seres, sin excluir a ninguno, como la piedrecita de la plaza, el canto del arroyo o la astilla que salta al cortar la leña. Con esta vivencia de naturaleza se ha originado en el alma bubi un mundo de expresiones de ámbito metafísico religioso que nos da la medida de su temperamento artístico. Nos proponemos únicamente esbozar un cuadro.

a) Expresiones del drama de la existencia humana en este mundo y de la lucha por la vida rodeada de impíos y malvados que la acechan.

1) El alma se siente, presa de gran temor ante la posible cercanía del Maligno, y clama al Señor del Universo y en particular al espíritu protector que la asistan y no se separen de ella.

1ª expresión. «Que el espíritu venga a mi lado y me acompañe por el sendero de la vida». Símbolo: Algo perteneciente al pequeño y buen an-

tilope fritambo, como una de sus finísimas patas, que se cose a la cobertera de una cesta y se coloca a la espalda; el tejido de la cesta simboliza al alma y la vida humana elaborada por Dios y los espíritus.

2ª «Que el espíritu sea mi escudo, mi asilo y mi refugio». Símbolo: La vaina de un gran fruto abierta en ángulo, bajo la cual se refugian los pequeños seres, como los insectos coleópteros.

3ª. «Que el espíritu me sostenga al tener que bajar en las fuertes pendientes de la existencia». Símbolo: Uno de los objetos que pegados a la resina de los árboles se ha librado de caer al suelo.

4ª. Que el espíritu intervenga, arrebatándome y transportándome a lugar seguro, cuando habiéndome dejado cautivar inocentemente por el Maligno estoy a punto de caer entre sus garras y maxilares». Símbolo: La cola de un mono cercopiteco, a la que se sujetan los hijos al saltar de un árbol a otro o al vadear un río.

5ª. «Que el espíritu me cubra y me oculte a las miradas escrutadoras de mis adversarios». Símbolo: Se prac-

tica en una calabaza una abertura, se introducen en ella piedrecitas, y se cierra de nuevo con una puertecilla sujeta a la calabaza con tiras de piel de serpiente. Las piedrecitas simbolizan los órganos de la vida humana y los objetos de casa.

6ª. «Que el espíritu me avise con voz interior que no salga de casa cuando el Maligno se halla apostado a la entrada para apresarme». Símbolo: La pluma de un pájaro inquieto introducida en la boca de una calabaza. La boca imita una casa antigua.

2) Sintiendo el alma las acometidas del Maligno: el comienzo de la desgracia, del infortunio, de la enfermedad, del dolor, de los efectos del Pecado, acude a los poderes sobrenaturales para que intervengan en su favor.

1ª. «Que los venablos del Maligno no me alcancen y se dobleguen en su camino». Símbolo: Las hojas lânguidas de una planta gramínea.

2ª. «Que, perseguido por el Maligno, no me lance a rodar por el abismo». Símbolo: El hueso del fruto del árbol *Canarium* que por ser de tres aristas y alargado no puede rodar.

3ª. «Que acierte a correr y esquivarle». Símbolo: La piel de un mono llamado mila.

4ª. «Que acierte a gritar al verle de cerca». Símbolo: Los dientes de la nieba, cuyos alaridos resuenan a larga distancia en las noches del trópico.

5ª. «Que su piel no roce en mi cuerpo a su paso junto a mí». Símbolo: La piel de un varano áspera y que hace daño al rozar.

6ª. «Que su lanza no me atravesase». Símbolo: Diversos trozos de la caña hueca de una enredadera que imitan las heridas o agujeros producidos en el cuerpo por la lanza.

7ª. «Que no me acometa con sus cuernos». Símbolo: Los cuernos de un antílope.

8ª. «Que no reciba dentelladas de su boca». Símbolo: Un trozo de resina que al brotar del árbol mordida por todos sus lados imita una poderosa dentadura.

10ª. «Que al sujetarme por los brazos no me los disloque». Símbolo: Los huesos de la paletilla o de las patas delanteras de un pequeño antílope que se dislocan con facilidad.

11ª. «Que no alcance a cortar mi cuello». Símbolo: La piel del cuello de una oveja.

12ª. «Que no deshaga mi cuerpo». Símbolo: Huesos en un haz difícil de ser quebrados. Las vértebras de la cerviz de una oveja, resistentes a ser separados. O bien la rótula de un animal doméstico que se escapa a cualquier intento de ser quebrada.

b) *Expresiones de imprecación contra el Mal.* Supone aquí el alma que ha logrado cercar al Mal y se dirigen ahora las fuerzas del Bien contra él para aniquilarlo y dar así por terminada la batalla con el triunfo del Espíritu y de los hombres buenos.

1º. «Que los espíritus buenos lo-gren verle y situarle». Símbolo: El fondo de una cestita con orificio en medio. El orificio representa el ojo del vigilante.

2º. «Que al oír las voces de las fuerzas del Bien le hagan temblar». Símbolo: Conjunto de badajos de cencerros de madera.

3ª. «Que le arrojen del mundo con violencia». Símbolo: Las semillas de la enredadera Entada Scandens. Al secarse la vaina de esta planta son arrojadas las semillas con violencia.

4ª. «Que se entable la lucha entre el espíritu bueno y el malo». Símbolo: El cuerno de una cabra en el que se ha introducido un trocito de piel de venado. Ambos animales suelen luchar. En este caso la cabra representa al espíritu bueno, pues es de casa y el venado al malo, por ser del bosque.

5ª. «Que lo maniaten como a un preso». «Que aten a todos los malos unos a otros». Símbolos: Un atado de huesos de quijadas de animales. Frutos carnosos del árbol Wuiba atravesados por una cuerda o liana del bosque y pintados de tierra blanca. El color blanco es el propio de los seres del otro mundo.

6ª. «Que se le produzcan úlceras en el cuerpo». Símbolo: El fruto ruiba atravesado por un venablo. El fruto se asemeja a una úlcera grande.

7ª. «Que le sobrevengan todas las enfermedades de la piel». Símbolo: Las hojas de la hierba alta conocida por el nombre de «pasto de elefante», la cual suele causar picaduras a los viajeros.

8ª. «Que le acaezcan estreñimientos». Símbolo: Un trozo de calabaza en cuya parte interna se le ha untado de barro y se le han pegado discos. El trozo de calabaza significa el ano,

los discos los intestinos y el barro el estreñimiento.

9ª. «Que se le desprenda el pelo de la cabeza». Símbolo: pesados frutos que al caer sobre la cabeza han ocasionado el desprendimiento del pelo.

10ª. «Que se le despellejen los pies». Símbolo: La parte interna de una pezuña de oveja, cuya uña ha sido extraída.

11ª. «Que pierda sus fuerzas». Símbolo: Frutos blandos que se doblan por cualquier sitio y atados a un pelo.

12ª. «Que se crea perdido». Símbolo: Semillas del árbol pentaclea macrophila que son arrojadas de las alturas sin dirección fija.

13ª. «Que se le rompa la nuca, o las rodillas». Símbolo; conjunto de huesos y tabas de animales atados en desorden,

14ª. «Que se raje por medio» Símbolo: La cuña que sirve para rajar la madera atada a un palo.

15ª. «Que sea envenenado» Símbolo: Hongos venenosos o un trozo de esponja de mar. Si se da a los perros esta esponja y juegan con ella mueren.

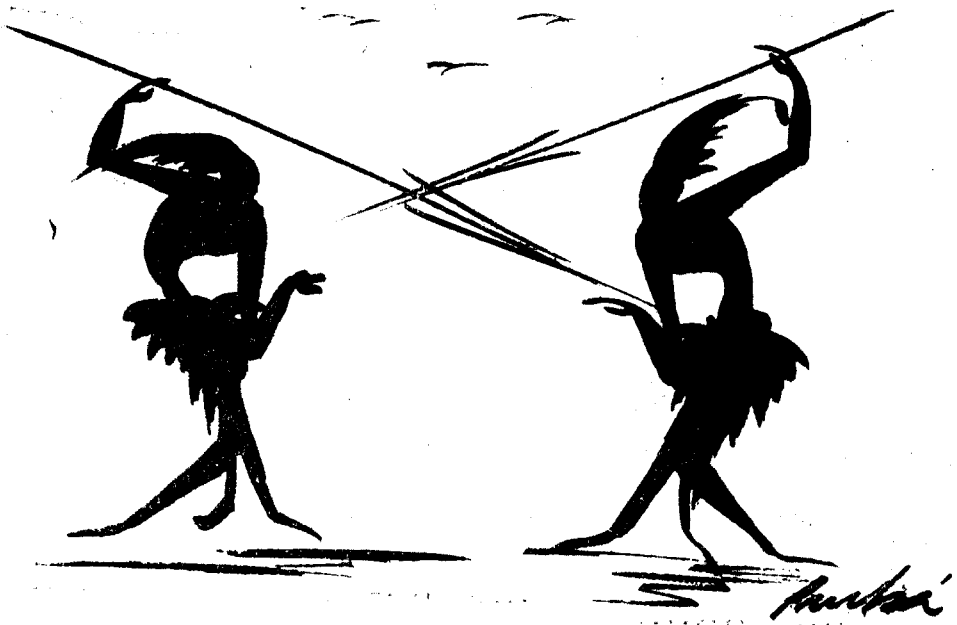
16ª. «Que se deshaga en trozos»; Símbolo: Un atado de dos o tres cascós de vasijas de barro.

17ª. «Que se convierta en un animal» por ejemplo en un turaco. Símbolo: Plumas de este animal colgadas para que el aire al moverlas les de cierta viveza.

18ª. «Que el Mal sea quemado o abrasado». Símbolo: Un atado de hierbas cocidas o trozos de madera quemadas.

Los símbolos aquí recogidos se refieren al tema de la vida del hombre en su lucha existencial contra las fuerzas enemigas. Otros temas podrían exponerse como la fertilidad de la tierra, el amor, la vida en la comunidad, etc.

En todos ellos el hombre se sirve de la relación del objeto natural con la idea que intenta expresar para elevarse de la condición de esta vida e introducirse en las regiones donde Dios, la suprema belleza, esta más cerca.



Excursiones por la Isla de Fernando Poo

VIAJANDO HACIA EL SUR

Por Luis J. Marhuenda

El Sur de la isla está comprendido entre Punta Oscura y Punta Santiago. Esta es la más meridional de la Isla. Todo ello es conocido como las playas de Ureca. Por lo tanto, generalizando, el Sur es sencillamente Ureca. Esta denominación lo abarca todo de tal modo que para referirnos solamente al poblado es necesario llamarlo San Antonio de Ureca.

El viaje a Ureca siempre ha parecido una aventura excepcional... Lo cierto es que se suele hablar de Ureca sin un conocimiento exacto de lo que es y de cómo se llega.

Actualmente son muchas las personas que han visitado aquellos contornos, pero no lo suficiente como para haber generalizado sus conocimientos.

En primer lugar diremos que para ir a Ureca se pueden seguir muchos caminos. El que parte de San Carlos, que es el más transitado. El que parte de Moca, quizá el más sencillo. El que rodea la costa occidental de la isla, el más largo y difícil. Además se puede ir en lancha o en helicóptero.

Se dice que el viaje en lancha es más peligroso. Indudablemente el

desembarco en Ureca suele ser difícil después de las doce de la mañana, pero también se ha prestado esta dificultad a muchas exageraciones, porque si bien es verdad que hay peligro no será tan grande ya que ha habido años enteros en que un cayuco fueraborda ha estado haciendo viajes semanales a Ureca lo mismo en lluvias que en tiempo de seca.

Pero dejemos aparte las dificultades del desembarco y vayamos al tema que nos ocupa que es el tema del «viaje». No ha llegado la hora de recorrer las hermosas playas del Sur porque hasta llegar a ellas hay que recorrer todavía mucho camino.

Ir a Ureca desde San Carlos es caminar seis o doce o más horas según las piernas de que se trate. Ir a Ureca desde Moca es una aventura llena de sorpresas que inundan la vista con horizontes bellos y pequeñas aventuras divertidas...

Conozcamos, antes del paisaje, algunas aventuras impresionistas.

Hace unos veinte años un grupo de amigos que decidieron ir a Ureca desde Moca pensaron que podían evitarse la colaboración de un guía. Uno de

los expedicionarios, recién llegados a Guinea, aseguraba que conocía bien los campos y los caminos por ser experto cazador en su tierra.

Emprendieron la marcha apenas a manecido por el camino que discurre por detrás de la casa de Amilivia, sorteando vallas y siguiendo una que ellos intuían como buena. Pasada una hora de camino llegaron a un riachuelo de aguas limpias que bien pudiera ser el río Sité. Nadie sabe por qué extrañas razones su sentido de orientación les llevó a seguir el río y éste es uno de los que afluyen en el Iladyi despeñándose en enorme cascada que es una de las cintas blancas de agua espumosa que se contempla en el mismo Iladyi en el punto en que éste salta también al vacío.

Una vez enfrentados al enorme escarpe apareció junto a ellos una vaca tambaleante que resbalaba entre las musgosas rocas del río.

La visión de las aguas saltando a tan enorme vacío, la vaca mugiente que se tambaleaba dirigiéndose a ellos y el cansancio de dos horas de camino hizo triunfar el buen humor de los expedicionarios que decidieron regresar a Moca después de esquivar valerosamente las arremetidas del toro furioso. Y en el intento de regreso, claro está, se perdieron.

Comenzó la angustia propia de estos casos. Se internaron en un bosquecillo huyendo de las praderas «por miedo a los toros enfurecidos. Se arañaron el cuerpo con los helechos arborescentes. Gritaron angustiados de demanda de auxilio. Y finalmente cuando empezaba a oscurecer no

menos que diez horas después se encontraron con unos niños bubis que subían jugueteando por el camino del Iladyi procedentes del poblado de Abebo, a los que asustaron con su propio miedo. En doce horas habían recorrido dos kilómetros, yendo a salir por el lado contrario a donde se habían dirigido,

Con aquella aventura se les quitaron los deseos de volver a emprender el camino de Ureca ni con guía.

El novel expedicionario tomó el primer barco de regreso a la Península. Los que le conocieron y le han vuelto a ver aseguran que todavía cuenta con emoción su aventura africana «perdido en la selva y siendo atacado por un búfalo furioso»

Anécdotas como ésta se conocen muchas. Y ellas han dado motivo para creer que el viaje por tierra hasta Ureca es una aventura formidable. En la actualidad, nadie piensa tergiversar los términos de un pequeño bosquecillo convirtiéndolo en una espesa selva virgen. Ni tampoco piensa nadie convertir una vacada tímida en un rebaño de búfalos enfurecidos.

Esta pequeña aventura que a aquellas buenas personas les pareció, trágica, pudo haber sido una excursión muy divertida si hubieran tenido pleno conocimiento del terreno. Por aquellos tiempos todavía era muy frecuente encontrar caza abundante por las praderas: fritambos, monos, palomas y faisanes. Aquel grupo llevaba provisión de escopetas y cartuchos, una buena tienda de campaña y lo más envidiable: el humor y la juventud.

El río Sité es pródigo en remansos plácidos. Pueden pescarse en él los ricos grafish. La pradera ofrece lugares propicios para acampar y leña abundante para una buena hoguera. Si el viaje a Ureca quedaba frustrado por haber perdido el camino, ¿qué cosa más fácil que dedicar el día a la caza y pernoctar tranquilamente en aquellos contornos?

Un río de aguas plácidas, caza abundante, pesca inclusive aunque sólo sean los sabrosos grafish. Una sencilla y maravillosa excursión. Y desde este río hasta la carretera hay exactamente 19 minutos de camino. Claro, conociendo el camino.

Pero sigamos el camino de Ureca. Cruzado el río Sité, a un cuarto de hora de marcha, veremos a nuestra derecha un mogote alto y ancho que se destaca sobre el cielo. Es el mirador de Moasá. Desde allí el panorama del lladyi es impresionante porque se contempla la caída del agua del río como no se puede ver desde ningún otro sitio si exceptuamos el fondo del río de difícil y peligroso acceso.

El mirador de Moasá es de muy fácil acceso. Se consigue llegar a él haciendo en el camino de Ureca un

desvío de doscientos metros a la izquierda. Desde allí se contempla un mundo fabuloso de cascadas y la perspectiva de unos horizontes insondables y lejanos en los que se intuye el azul del mar en la distancia, grandes paredes, la Naturaleza en su eterna y maravillosa expresión.

Sigamos camino hacia el Sur, Apenas hemos recorrido la quinta parte de la ruta hacia Ureca y ya hemos podido contemplar algunas de las extraordinarias perspectivas que ofrece esta ruta. Pero ahora llega el momento en que dejamos las praderas y nos internamos en el bosque. Desde ahora hasta llegar al río Biadyi, propiamente la mitad del camino, tendremos que caminar todavía unas tres horas, siempre en dirección descendente porque ir a Ureca desde Moca es bajar a Ureca. Esta bajada por en medio del bosque tiene una faceta muy bella: las flores. Se encuentran en este camino, esporádicamente, algunas flores exóticas de penetrante y agradable aroma, de vivos y alegres colores.

Pero aquí, en este jardín tropical, junto a las flores que salpican el camino, vamos a detener hoy nuestro viaje hacia el Sur.

SANTA ISABEL

(Tornado, paz y evocación)

por Enrique Ruiz y G. de Bonilla

El tornado es el azote de nuestra Isla, un tributo que paga regularmente a los caprichos de esa gran reina habitualmente benévola con el trópico que es la naturaleza. El tornado es el atleta de nuestra climatología: ágil, rápido y poderoso, la inminencia de su ataque se anuncia con una sombra densa, una gran mancha negra que emborrona el delicado paisaje, pleno de colorido, que componen el mar azulenco, los variados matices verdes de la vegetación y el acerado tono del Pico... Enmudecen las aves, calla el bosque siempre recorrido por inidentificable murmullo, las olas remansan en la playa con timidez y Santa Isabel viste de luto como una viuda joven y linda que llora la desaparición del sol que fecunda sus entrañas. Una pausa de engañosa paz señorea la tierra sólo un instante y la tromba de aire se desencadena sobre la ciudad expectante, abate sus defensas, la azota con insólita dureza. El rudo golpear del viento no favorece la hierática postura de la palmera: sus ramas precisan la quietud que permite el lucimiento del delicado encaje de sus agujas, como flecos entre los que los rayos del sol se deslizan suavemente; azuzada por el viento su copa semeja

un gigantesco buitre batiendo torpemente sus alas en inútil intento de levantar el vuelo. El abacá aprovecha para lanzar una mirada al mundo circundante, que habitualmente le está vedado por la densa cortina de sus lánguidas ramas, y la ceiba... la ceiba, con su dilatada experiencia tropical, ha adquirido una superioridad que le permite peinar indolentemente su cabellera con el tornado con la misma indiferencia que los árboles jóvenes atusan la suya cuando sopla una suave brisa.

Apenas ha cedido la violencia del viento y ya se escucha el bramido del trueno, un quejido torturado que se inicia sordamente en el seno de los negros nubarrones y va creciendo y derramándose en escalonado crescendo si la tormenta se aproxima, en explosión súbita y desgarrada cuando su centro de fuerza ha alcanzado el vértice de nuestra ciudad. Un instante antes el cielo se ha iluminado con una luz livida, atormentada, y el chasquido inmovilizador del rayo ha esculpido un trágico rictus en el semblante hosco del firmamento: huracán, fuego y estruendo es el estremecedor preludio que la naturaleza tropical orques-

ta como pórtico a la gran sinfonía de la lluvia.

La lluvia que acompaña al tornado merece, exige, especial consideración. Decir que la lluvia en Santa Isabel es agua que se desprende de las nubes, es descripción que la imaginación menos exaltada rechazaría: llover en Santa Isabel significa que el firmamento licuado se desploma con frenesí sobre la tierra, que los perfiles de la creación se difuminan y el mar y el cielo son una sola realidad, un recíproco reflejo que la tupida cortina de la lluvia empaña borrando sus ideales fronteras.

Breve es el tiempo de prueba y el tornado se aplaca tan súbitamente como surge. Otro momento quieto se produce, equidistante del que precedió a la mudanza, a modo de paréntesis que encierra la distinta modulación en el decir de la naturaleza, y, ya confiada, puede derramarse sobre la aplaciente calma renacida la mirada ávida: doquiera que se pose, si belleza anhela, cumplido regalo halla para su disfrute.

La palmera ha recobrado prestamente su aplomo y la perfecta compostura de su soberbia copa aleja todo recuerdo del pasado movimiento de huída. El mar, ha poco negro-espejo fiel del enfoscado cielo, muéstrase ahora, rizado por leve céfiro, surcado de tonalidades azulinas y las olas, que acuden incesantes al reclamo del descanso que el acogedor regazo de la bahía les brinda, van suavizando su colorido para hacerse transparentes y disolverse, al fin, en blanca espuma, dejando rielar en el vacío el último

reflejo cristalino que querencioso aranca de su terso lomo el sol. Las hojas caducas, mutiladas de su tronco por el tornado, que cubren el suelo isabelino, evidencian el trunfo de la vegetación joven que, superado el castigo, continúan su vida con renovado vigor, y el magnífico pico que domina la Isla, normalmente cubierta la rugosa frente por cendal de bruma, levántase terso y remozado por el soplo refrigerante que para su fortaleza ha sido el cruel tornado. Se escucha de nuevo el trinar de los pájaros y el trémolo que apunta en su canto, reminiscencia de la pretérita zozobra, pone un peculiar encanto en su melodía.

Sonríe, en fin, sin reservas la naturaleza al encontrar de nuevo la paz perdida y cuando el crepúsculo se anuncia es puro deleite para el espíritu recrearse en la contemplación de la puesta de sol que enrojece el horizonte allá por donde Punta Europa, borrosa ya, parece estirarse encendida en anhelos de vocación aventurera. Las notas del toque de oración desgranán su melancolía y la maravillosa noche tropical, con sus infinitas estrellas plateadas que tachonan la bóveda celeste, desciende majestuosa sobre la Isla: Santa Isabel duerme arrullada por el murmullo dulce del mar y vigilan su descanso el faro y la cruz de Punta Fernanda, símbolos, en lo temporal y en lo eterno, del espíritu de fraternidad y trascendencia que este pueblo ha sabido asimilar de la tierra generosa que le atrajo a su fecundo seno: navegantes del mar y de la vida encuentran en ellos orientación, ayuda y consuelo.

¡Hermosa Santa Isabel! ¡Esbelto cayuco fondeado con ancla de amor en el océano! Un día de tu puerto para no retornarnos ya nos separará nave insensible y los perfiles de tu gentil silueta se irán confundiendo, en nuestra pupila empañada con la niebla que blandamente te circunda. La mirada se gozará en el reencuentro con viejos horizontes bienamados y

tal vez la proa del azaroso bajel de nuestra vida hienda mares ignotos, pero los ojos que contemplaron la exuberante belleza de tu paisaje frondoso para siempre lo conservarán impreso en su retina y, para siempre, inmensa quedará en tus tranquilas y plácidas aguas el alma que una vez se extasió ante el sereno espectáculo de tu radiante bahía.

Leyendas, fábulas y cuentos bubis

Por T. Martínez García

Monevitombari era un gigante que vivía en un lajano bosque. Era un monstruo espantoso: tenía los ojos grandes y rojos como dos lunas; su boca era ancha como un lago y su nariz tan larga como los pasos que daba. Era altísimo. Cuando caminaba los golpes de su bastón oíanse a grandísima distancia. Tenía un olfato tan fino como un perro y comía carne humana.

No lejos del sendero por donde pasaba Monevitombari había un poblado. En él vivía una mujer con sus numerosos hijos, todos ellos niños. Estos como eran pobres iban cada día al bosque en busca de macamba y tan pronto veían un árbol de macamba todos trepaban menos el más pequeño de los hermanos que aún no podía subir a los árboles y se quedaba en el suelo comiendo los frutos que le echaban sus hermanos. Pero había uno que no le daba macamba y además se burlaba de él:

— ¿Por que no te atreves a subir hombre? ¿Es que no te da vergüenza? Si no subes te vas a cansar alargando tu cuello hacia arriba pues no pienso tirarte ninguna fruta; así aprenderás a subir a los árboles como nosotros.

Cierto día mientras los niños an-

daban ocupados cogiendo macamba, Monevitombari acertó a pasar por aquellos lugares en donde se encontraban los niños y guiado por su buen olfato se dirigió al lugar en donde se encontraban los niños. Estos al ver aquel gran gigante se quedaron mudos de espanto. Monevitombari saltó y danzó de alegría junto al árbol al ver tantos niños juntos y cuando terminó de bailar dijo a los niños:

— ¡Hola, amigos! ¿Qué hacéis por aquí? ¿No sabéis que no quiero ver a nadie por estos lugares? Bajad enseguida porque ahora mismo tenéis que venir conmigo a mi casa.

Los niños bajaron temblando y llorando y Monevitombari se los llevó a su casa cargándolos sobre sus espaldas para comérselos a todos.

Como aquel día Monevitombari había comido y tenía el estómago lleno no pudo probar ninguno de aquellos niños y los dejó en un rincón de la casa para la comida del día siguiente. Para que no huyeran mientras él estaba fuera pensó en sacarles los ojos a todos y así lo hizo pero al llegar al más pequeño los ojos de éste empezaron a dar vueltas por la cara y cabeza del niño de modo que Monevitombari no los po-

día coger y cuantas veces acercaba sus dedos a los ojos del niño éstos se salían de su lugar. Fastidiado por no poderlos coger los dejó en su lugar diciendo para sus adentros:

—¡Vah! Total este es el más pequeño y no puede salir de aquí solo puesto que no conoce el camino de su pueblo.

Y Monevitombari salió de su casa para ir a la finca.

Mientras tanto la madre de los niños al ver que ya era tarde y no regresaban sus hijos empezó a buscarlos entre los vecinos; todo el poblado los buscó por los alrededores y al no encontrarlos supusieron que el gigante de aquellos lugares se los había comido. La madre lloró desconsolada la pérdida de sus hijos.

Cuando Monevitombari se hubo alejado el más pequeño cogió del suelo los ojos de sus hermanos y se los colocó en su lugar; solamente dejó en el suelo los ojos del hermano que no le daba macamba.

Este con dolor le rogó diciendo: —Ponme a mí también los ojos, por favor; porque si me quedo solo moriré.

De mala gana accedió el más pequeño a los ruegos de su hermano, pero no le puso los ojos como los tenía antes sino que se los cambió de lugar y de este modo el niño quedó tuerto. Desde entonces empezaron a existir los tuertos.

Cuando el más pequeño terminó su trabajo dijo a sus hermanos:

—Vámonos antes de que regrese el

gigante porque si nos encuentra aquí no viviremos más.

Salieron huyendo pero el miedo les había quitado las fuerzas para correr con ganas; el más pequeño iba el último. Ya habían corrido un buen rato cuando se tropezaron con Monevitombari que volvía de su finca. Al verlos pensó al instante que aquellos niños aunque llevaban ojos muy bien podían ser los mismos que había dejado en su casa pues eran iguales; y les dijo:

—¡A ver! respondedme; no sea que vosotros pertenezcais al juego del rolo—rolo.

Ellos contestaron cantando:

—«No pertenecemos a ese juego; no pertenecemos a ese juego.

El juego del rolo-rolo

no tiene ojos,—tenemos;

no tiene narices,—tenemos;

no está adornado,—lo estamos,

El palito del rico canta a los niños: siempre canta a los niños.»

Monevitombari al terminar de escuchar la canción marchó sin pérdida de tiempo a su casa pero al llegar no encontró a nadie y hechó una furia salió al punto diciendo:

—Ahora mismo voy en su busca y donde los encuentre allí mismo los mato.

Mientras tanto los niños continuaban corriendo más aprisa. Llegaron a la orilla de un río de mucha agua y no lo podían atravesar. Entonces el niño que puso los ojos a sus hermanos tendió una cuerda de un lado al otro del río y así pudieron pasar. En esto ya llegaba Monevitombari y

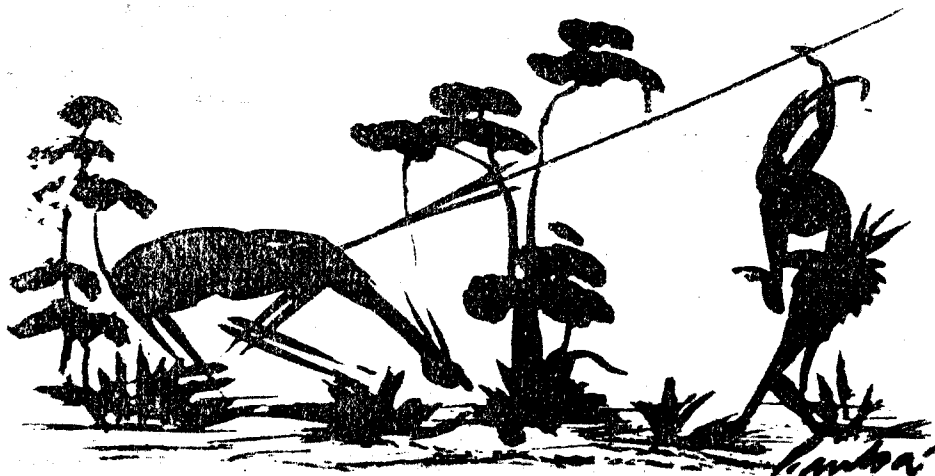
el más pequeño, como más valiente, se quedó esperando al gigante.

Monevitombari como iba tan furioso persiguiendo a los niños que habían cruzado el río no se dió cuenta del que estaba a su lado y sin más intentó pasar el río como los demás por encima de la cuerda. Al llegar al medio del río el niño cortó la cuerda y Monevitombari cayó al fondo del agua estrellándose. Sus huesos se convirtieron en piedra; su sangre en agua y su pelo en la hierba que

crece junto a las piedras de los ríos.

Los niños llegaron sanos y salvos al pueblo en donde contaron todo cuanto les había sucedido. El pueblo celebró una gran fiesta por el regreso de los niños y por la muerte del gigante Monevitombari que tanto mal había hecho al pueblo.

Así acabó el gigante Monevitombari que se gloriaba de poder a todos los pueblos pero no pudo vencer a un niño de siete años.



EFEMERIDES ANNORONESAS

Por Epifanio Doce, C. M. F.

¿QUE COSAS PUEDEN INTERESAR AL TURISTA QUE VISITE LA ISLA?... Siendo ésta pequeña en extensión y en extremo accidentada, no puede ofrecer variedad de paisaje como los que se pueden ver en lugares de mayores dimensiones. Sin embargo a corta distancia del poblado y a la altura de doscientos metros de elevación sobre el nivel del mar, verá el turista un Lago, antiguo cráter de un volcán, de tres kilómetros de perímetro- de fondo escaso aguas limpiísimas y bien aireadas, que convidan a tomar un refrigerante baño, que atempere el calor y cansancio sufridos en la subida del mismo. Ciertamente que el camino que a él asciende no puede ser más penoso, pues más que camino es un reguero continuo de pedruscos descarnados por el agua; pero una vez llegados a la cima del Lago, el ambiente y clima no puede ser más fresco y delicioso. Hállase rodeado de fincas de café y cacao, del Pico de Fogo, de cuatrocientos cincuenta metros de elevación y del monte Santiago, de trescientos cincuenta. Se reproducen en el Lago langostinos en abundancia y en tiempo de lluvias rebasa el nivel ordinario, dando origen a un río que se precipita entre piedras y terreno accidentadísimo, hasta que llega al mar.

Además de los langostinos, véanse pececillos plateados (llamadas gambusías) las cuales por instinto, devoran las larvas de los mosquitos; fueron arrojadas al Lago el año de 1922, siendo Director de Sanidad Dn. Enrique Lalinde. Había estado dicho señor en la Isla en 1932, como delegado del Gobierno y Médico del Hospital y en ese tiempo vió, cómo la mayor parte de los niños recién nacidos eran atacados de fiebres palúdicas. Comenzó por administrarles pequeñas dosis de quinina, salvando así a muchos de una muerte segura. Cuando más tarde fué nombrado Director de Sanidad, interpuso toda su influencia para conseguir del Gobernador General, fueran mandados de la Península los mencionados pececillos. Llegaron una buena cantidad y en el viaje perecieron la mayor parte, quedando con vida unos cuarenta que lanzados al Lago se han reproducido de modo admirable. En estos últimos quince años los casos de paludismo han ido desapareciendo gradualmente, pudiendo decir que comparando años con años, al presente el paludismo ha decrecido casi a cero. La prueba de esta afirmación la tenemos en que la mortandad de niños antes del año 1952 no podía ser más desconsoladora: de sesenta y

ochenta nacimientos—según años— al finalizar el año habían fallecido más de la mitad. Actualmente los fallecimientos que se hallan registrados en estos últimos quince años, no pasan de 25 -30- 35—entre niños y adultos.

Otra prueba de los bienes que las *gambusias* han traído a los hatantes de esta isla, nos la dá este dato: antes nadie podía conciliar el sueño sin tener mosquitero y desde que llegó tan diminuto pececillo, el mosquitero ha caído en desuso. Aquellas poblaciones donde abundan los estancamientos continuos de aguas denidas, el remedio más eficaz y menos costoso para sanear dichos lugares e impedir sean focos de infección para la población, es éste; lanzar en esos estancamientos al enemigo más cruel que tienen los anofeles... *las gambusias*.

Aeropuerto. En años pasados mandó el Gobierno dos comisionados, para que inspeccionaran al lugar donde poder situar el aeropuerto, y recorrido el único que tenía más probabilidades de éxito, llega el mes de Octubre un representante de una Compañía franco-española, con material abundante de máquinas y artefactos para llevar a cabo juntamente las obras del muelle y aeropuerto. En pocos días desbrozaron y roturaron el terreno abriendo una pista de ochocientos metros de lugar. Quedaron interrumpidas las obras porque no llovía lo su-

ficiente para que el terreno quedara bien apelmazado: desde entonces suponemos habrán reanudado los trabajos, pues escribimos fuera de Annobón. Cierto es que todas las fincas que se hallaban donde se ha hecho el aeropuerto han sido las paganas, ya que las yucas ñames y cuanto en ellas había plantado ha sido arrancado. Todo quedará compensado cuando lleguen las avionetas con regularidad y nos socorran a todos con géneros de primera necesidad o de simple conveniencia.

Ventajas del aero puerto. No puede tener mejores ventajas, tanto para los que han de pilotar nave como para los pasajeros: la distancia entre Fernando Poo y Annobón es. *de trescientas ochenta millas*.. Esa distancia se halla jalonada por otros dos aeropuertos, el de la Isla Príncipe y Sao Thomé pertenecientes a Portugal No deja de ser un consuelo esperanzador para los que viajan pensar, que en cualquier accidente que pueda sobrevenir el poder ser socorridos.

Para los annoboneses que aún no han salido de la Isla, no son cosa nueva los aviones, ya que están pasando semanalmente con rumbo Norte y Sur, pero gozar de su presencia y curiosear todo lo que se puede ver y tocar eso... les llegará a no tardar. En adelante podrán repetir a boca llena y sin temor de equivocarse, el refrán que dice, *para ver... vivir*.